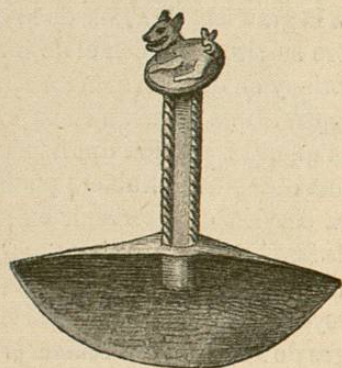
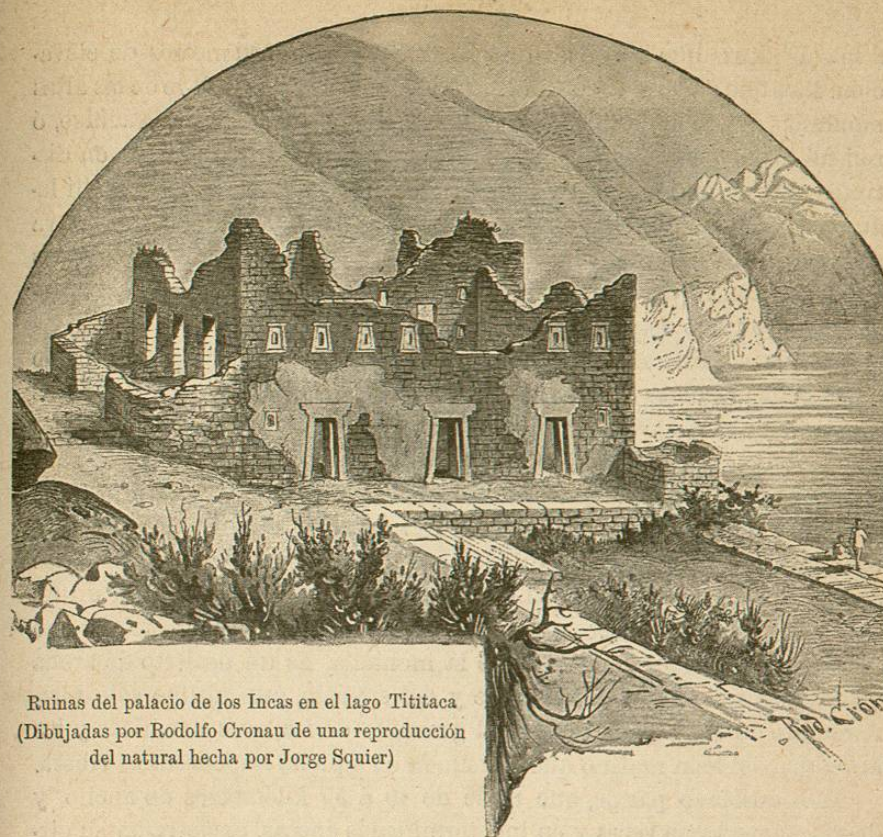


mento de Atahualpa. Si consideramos que Pizarro llevaba tan sólo sesenta y dos jinetes y ciento seis soldados de infantería, de los cuales solamente algunos tenían armas de fuego y ballestas, hay necesidad de consignar esta marcha de Pizarro como uno de los hechos más audaces que registra la Historia.

Pero antes de entrar de lleno en la descripción de esta campaña, haremos una pequeña digresión acerca del poderoso reino de los Incas y el estado en que se hallaba en la época de la invasión española.



Antigua cuchilla peruana de bronce



Ruinas del palacio de los Incas en el lago Tititaca
(Dibujadas por Rodolfo Cronau de una reproducción del natural hecha por Jorge Squier)

EL IMPERIO DE LOS INCAS TAHUANTINSUYUS

El teatro donde se desarrollaron los sucesos que vamos á describir en este capítulo es uno de los más interesantes y grandiosos de la Tierra.

«En ninguna parte del mundo, dice el explorador americano Jorge Squier, en su célebre obra de viajes del Perú (1), toma la naturaleza formas tan majestuosas, imponentes y variadas, como en los dilatados países en que fueron un tiempo soberanos los Incas. A desiertos tan áridos y medrosos como el Sahara suceden valles tan ricos y frondosos como los de Italia. Montes que parecen tocar al cielo elevan sus cimas, cubiertas de nieves perpetuas, sobre uniformes y tristes mesetas situadas

(1) Perú, *Incidents of travel and exploration in the Land of the Incas*, de Jorge Squier.

á mayor altura que las cimas de los Alleghanis, de 2000 metros de elevación. Ríos que deben su existencia al derretimiento de la nieve de las altas montañas se precipitan por profundas vertientes en el Océano Pacífico, ó rodean las majestuosas cordilleras de los Andes para traspasarlas en distintos sitios y engrosar las olas del caudaloso Amazonas. Existen allí lagunas iguales en circunferencia á los lagos de la América del Norte y cuya superficie está casi al nivel de la cúspide del Mont Blanc. Estas lagunas forman el centro de una inmensa cuenca con sistema de corrientes propio, que no tiene desagadero alguno en el Océano.

Las dos cordilleras que corren paralelas, y que determinan el relieve físico del continente Sud americano, alcanzan su mayor altura y sus más característicos rasgos en el antiguo imperio de los Incas. La cordillera occidental corre paralela á la costa en toda su longitud, y á tan poca distancia de ésta, que al viajero que la contempla le parece tener el Océano á sus pies. Aun en los parajes donde está á mayor distancia del mar son tan formidables sus remates, que sólo pierden importancia al compararlos con la poderosa masa principal. Hay entre las cordilleras y el mar un terreno interrumpido á veces, que desde Guayaquil al Sur es tan agreste como son áridos y pelados los flancos de la montaña. Es un desierto de arena y peñascos, un reino de la muerte y del silencio, este último sólo interrumpido de vez en cuando por el graznido de las aves acuáticas y los bramidos del león marino que se reúnen en aquella impenetrable ribera.

Este desolado paraje, que mide de 40 á 50 kilómetros de ancho, y donde llueve raras veces y en indeterminadas épocas, encierra en su circuito, á pesar de esto, valles fértiles y hermosos. Estos están surcados por los arroyos y torrentes de la montaña, y en otro tiempo contenían gran número de habitantes que sabían aprovecharse por modo asombroso de su fertilidad. Como dichos valles estaban separados en su parte baja por desiertos casi impenetrables, de bastantes leguas á veces, y en la alta por montes inaccesibles, sus habitantes formaban comunidades separadas é independientes en un principio y que tenían escasas ó ningunas relaciones entre sí. En casos aislados, donde como por ejemplo en Trujillo y Lima, hay diversos valles unidos ó próximos unos á otros, llegaban á establecerse comunidades grandes, fuertes, burguesas y políticas, que se organizaban á la manera de un Estado. Mas por regla general, los habitantes de los diferentes valles estaban aislados, y por lo tanto eran débiles, debiendo principalmente su seguridad contra la ambición y rapacidad de enemigos, más poderosos que ellos á las fronteras de los desiertos y montes que los rodeaban. Por eso se comprende que no hallasen seria resistencia los españoles al desembarcar en la costa.

Detrás de dicha estrecha lengua de tierra se halla situada la gigantes-

ca masa de la cordillera, inmensa ondulación coronada de volcanes y de agrios y nevados picos, que no está perforada por parte alguna. Su cúspide se dilata á veces formando extensas y onduladas llanuras situadas á 4000 ó 6000 metros sobre el nivel del mar, y que son tan agrestes, frías y desiertas, que sólo las vicuñas y los cóndores se atreven á penetrar en ellas. Esta desolada y lúgubre región es la parte deshabitada del Perú. Allende estos territorios escalonados, que tienen en algunos parajes más de 120 kilómetros de anchura, se pasa á la planicie más baja, pero á bastante elevación todavía, que media entre la cordillera y la muralla de los Andes, situada más al Este.

Esta meseta es de muy diferente anchura, pues ambas cordilleras están cortadas en algunos trechos en un espacio de 100 á 200 kilómetros, mientras que en otros se unen por completo formando un nudo con sus montes y colinas que presentan llanuras, valles, lagos y ríos propios, un pequeño mundo colocado sobre las altas cimas de los Andes y de las Cordilleras, en la región de las nieves perpetuas.

Dicha planicie se encuentra al Sur del paso de La Raya, en el sitio mismo donde se confunden los Andes con las Cordilleras, mediante el grandioso depósito acuático de los lagos de Titicaca y Aullagas que, no teniendo vertiente alguna para desaguar en el mar, forma una cuenca fluvial propia. Esta parte de la alta llanura de los Andes ofrece el mayor interés. Si se la mira desde las cumbres de las Cordilleras, se divisa una región extensísima que, tanto por su estructura como por la situación en que se halla colocada, parece que se encuentra á mucha mayor altura que aquel pequeño mundo, al cual contempla fría y silenciosamente sin participar de ninguna de sus sensaciones.

La tranquila vicuña que nos mira con sus claros y grandes ojos sin pestañear, la astuta llaña, el cóndor que traza sus círculos en el aire á gran altura, ó que mira amenazador hacia nosotros, la carencia de bosque, las blancas nubes que se elevan en el horizonte desde las llanuras del Brasil para deshacerse sobre los nevados picos que no pueden franquear; el claro azul del cielo; el pavoroso silencio que reina..., todo infunde en el espíritu del viajero la creencia de que se halla fuera del mundo de los vivos.

Tal es el actual estado de aquella región, en la cual, sobre las ruinas de un pueblo culto ya desaparecido y al cual se desconoce por completo, se desarrolló en el transcurso de los siglos la singular civilización de los incas, hecho que representa la fase más brillante, bajo el punto de vista de la cultura y de la historia de los primitivos pueblos de América.

Queda mencionado ya en el primer tomo de esta obra, que las diferentes naciones y razas que habitaban los actuales Estados del Perú y del

Ecuador, se confundieron en una nacionalidad perfectamente organizada por la previsión y genio organizador del Inca.

Con la ayuda que les prestaron los pequeños estados dispersos por todas partes, los emperadores fueron dominando un pueblo tras otro, logrando por este medio ensanchar los límites de su nación hasta los 4° de latitud septentrional, y hasta los 37° de latitud meridional. A tan dilatado territorio diósele el nombre de *Tahuantinsuyu*, como queda dicho anteriormente, y estaba dividido en cuatro provincias que eran: al Norte Chinchasuyu, al Este Antisuyu ó Andesuyu, al Oeste Contisuyu y al Sur Collasuyu, y de ahí el nombre de *Reino de los cuatro puntos cardinales*. Todos los asuntos de la nación se resolvían á voluntad del Inca, cuyo omnímodo poder era tanto menos discutido cuanto que el derecho de ejercerle se fundaba en la procedencia divina de los hijos del Sol.

Después de haber dado á conocer la posición que el Inca ocupaba ante su pueblo, sólo nos resta añadir que todos, hasta sus propios parientes, tenían que observar respecto de él el más severo ceremonial. Para acercarse á su persona debían ir descalzos y con la cabeza baja, y además llevar alguna carga sobre la espalda en señal de humillación. Al dirigirse la palabra tenían que empezar con la siguiente salutación: «Poderosísimo Inca, único señor y dueño, hijo del Sol; dignese éste preservarte de desgracia y concederte felicidad, bendición y magnificencia sobre todos los nacidos del polvo.» Así como el Inca se diferenciaba de todos los mortales en la manera de presentarse, distinguíase también por su especial vestimenta. El adorno que llevaba en la cabeza consistía en una cinta de lana de varios colores que, puesta en disminución á la manera de las coronas de la tiara pontificia, le daba cinco vueltas alrededor del cráneo, cuyo cabello estaba cortado al rape. Debajo de este adorno llevaba la insignia de la dignidad soberana, que era el llamado *Paicha*, ó sea un fleco color de escarlata del ancho de la mano, que le abarcaba de una sien á otra cubriéndole la frente hasta las cejas. En los lóbulos de las orejas llevaba metidos unos discos de oro de tan gran tamaño, que á causa de él y de su peso les llegaban hasta los hombros, lo cual dió origen á que los españoles, lo mismo al Inca que á sus parientes, que llevaban discos parecidos pero más pequeños, les llamarían *orejones* (1). Blancas y finas vestiduras y sandalias de oro eran el traje diario del divino soberano.

Cuando aparecía éste en alguna gran solemnidad ostentaba en su cabeza áurea y valiosa diadema, y el rojo fleco de la frente iba metido hasta la mitad en unos delgados canutillos de oro. Cubría su pecho una imagen del Sol, del mismo metal, y todas sus vestiduras estaban tejidas con hilos

(1) *El imperio de los Incas*, del Dr. Brehm, pág. 53.

de oro y plata; en la mano llevaba un cetro de oro adornado de esmeraldas. Todas estas prendas, que tenían que ser tejidas por las vírgenes del Sol, sólo eran usadas una vez. Tan pronto como se las quitaba el Inca eran llevadas á un edificio destinado al efecto, donde se guardaban junto con todos los demás objetos que había llevado ó tocado el soberano, siendo quemados al cabo de seis meses. Tan magníficas como las vestiduras del Inca eran las de su esposa y hermana, que se distinguía de todas las demás mujeres de aquél por una cinta de oro de una pulgada de ancho que llevaba en la frente.

La corte era en extremo brillante y ceremoniosa, y exigía un verdadero ejército de sirvientes.

Si moría el Inca se sentaba su cadáver después de embalsamado sobre una silla de oro que se guardaba en una bóveda sepulcral compuesta de departamentos, y que en vida había mandado edificar aquél. Tanto sus mujeres como la mayoría de sus servidores le seguían al otro mundo, pues las primeras se dejaban emparedar voluntariamente en la citada bóveda; los otros se quitaban la vida con su propia mano para poder seguir sirviendo á su amado Inca.

Transcurrido un año de duelo abrían la bóveda, sacaban la momia del Inca y la llevaban al Cuzco, donde tenía un lugar reservado en el templo del Sol, al lado de las otras momias de sus antecesores. Estas estaban colocadas en sillas de oro, á derecha é izquierda de la gran imagen del sol, que ocupaba el fondo del templo. Todas las momias estaban ataviadas con gran lujo, inclinadas sus cabezas, cruzados los brazos sobre el pecho, y descansando los pies sobre grandes planchas de oro. Las fosas oculares estaban cubiertas con unas delgadas plaquitas del mismo metal.

Lo mismo que mientras vivían, los peruanos demostraban la mayor veneración á sus incas muertos, elevando hacia ellos los ojos con el mayor respeto.

La religión de los antiguos peruanos era una mezcla de culto á la naturaleza y á los antepasados.

Todo aquello que por su hermosura ó por cualquiera propiedad llamaba su atención, representaba para ellos un objeto animado por algún



Antigua vasija peruana de barro, que representa probablemente la figura de un inca. El original se halla en el Museo de Instrucción Pública de Berlín.

espíritu divino; á estos objetos los llamaban *Huacas* y los veneraban atribuyéndoles poderes misteriosos. Gran número de antecedentes de diversa procedencia demuestran que creían en una divinidad suprema, un creador del mundo, invisible y presente en todas partes, al cual tenía que acatar todo el universo, incluso el mismo sol (1).

Su nombre era *Illa Tece* (el Dios sin origen; el principio de todas las cosas sin principio), llamado también *Pachacamac* (el creador del mundo).

Fuera del divino Inca ningún mortal podía pronunciar su nombre, y si acaso observando las sagradas ceremonias, que consistían en bajar la cabeza, subir los hombros, é inclinarse diferentes veces profundamente, elevando las manos hasta la altura de los hombros, abriendo y cerrando los ojos y besando el aire. Como ya hemos dicho en el tomo primero, en el valle de Irma había un templo consagrado al Creador del mundo, que era un lugar de peregrinación sumamente visitado.

El hijo mayor de Pachacamac era Inti (el dios del sol), que enviaba al mundo, luz, calor, bienestar y vida. Los templos á él consagrados estaban revestidos de oro. Junto á él se veneraba á *Quilla* ó *Coya* (la diosa de la luna, su hermana y esposa, la diosa protectora de las mujeres). En el templo del Sol había una capilla dedicada á ella, enteramente chapeada de plata. Illapa ó Catoylla era el soberano del rayo y del trueno y servidor del Sol; así como las estrellas eran las sirvientas de la diosa Luna. Además de éstos eran venerados como seres divinos las siete constelaciones, la Tierra, el mar, los volcanes y las fuentes y arroyos. Al lado de estas divinidades de la naturaleza rendían homenaje á las momias de los antepasados, culto del cual ya nos hemos ocupado minuciosamente en el tomo primero. Los peruanos creían en la inmortalidad del alma y en la resurrección, como también en una vida mejor llamada *Hurín Pacha*, donde los cuerpos de los justos, resucitados del polvo, se unirían de nuevo á sus almas, para disfrutar vida eterna y feliz, mientras que los pecadores y malvados serían condenados á un martirio eterno en *Uku Pacha*, el averno.

Así como estas creencias guardan relación inmediata con las propagadas por las religiones del antiguo mundo, del mismo modo poseían también los peruanos en su rito otras prácticas iguales, tales como la confesión, el ayuno y las mortificaciones. Entre su numeroso estado eclesiástico había también frailes ó monjas que vivían en comunidad, y otros que llevaban una vida tan ascética como los monjes de Europa. Las vírgenes del Sol eran semejantes á las monjas de la Iglesia católica y á las vestales de la antigua Roma, siendo elegidas entre las jóvenes más hermosas del

(1) Winsor, *Narrative and Critical History of America*, vol. I, pág. 233.

país. Llevaban hábitos blancos y una guirnalda de oro en la cabeza en forma de corona, y pasaban la vida consagradas al servicio del Sol. Al propio tiempo hilaban y tejían las vestiduras destinadas al Inca, amasaban el pan sagrado, preparaban las bebidas para aquél, mantenían el fuego sagrado y cuidaban de la conservación y aseo del templo. Lo mismo que las vestales, tenían que guardar la más exquisita castidad, siendo emparedadas vivas las que delinquían. Si se acercaba á ellas un perseguido, hallaba la misma seguridad que si se acogía al sagrado de un templo. Mientras eran novicias el Inca podía elegir entre ellas las que más le agradasen para aumentar el número de sus mujeres.

A la cabeza del cuerpo eclesiástico había un gran sacerdote llamado *Huillac Umu*, que era la primera autoridad del Estado después del Inca, y que, así como éste disponía de un ejército de empleados, mandaba él sobre otro tan grande de sacerdotes de categoría inferior.

Siempre bajo la tutela de estos empleados y de los sacerdotes, carecía el pueblo de toda iniciativa propia, conformándose, sin hacer la menor objeción, con las leyes dictadas por sus soberanos, que, en honor de la verdad, debemos consignar que eran siempre justas y benignas.

Como todo el poder estaba en manos del Inca, el pueblo bajo no poseía bienes de ninguna clase y las riquezas del país se dividían en tres porciones, perteneciente la primera al Inca, la segunda al templo y la tercera al común de los habitantes. Todos trabajaban para el bien general; estaba severamente prohibida la holganza y no había pobres ni pordioseros, pues la comunidad tenía que atender á todos los ancianos ó imposibilitados para el trabajo. Cada cual daba y recibía. Era, como dice muy acerta-



Tipo de una india del Perú

damente Ratzel, un estado socialista en el que en muchísimas ocasiones tenía realización práctica cuanto han imaginado en Europa los más soñadores utopistas respecto de la vida en familia de todo un pueblo. Pero si bien es cierto que la pobreza era desconocida en Tahuantinsuyu, en cambio carecían los peruanos de todos los medios para mejorar su suerte. Una rigurosa división de castas exigía que cada cual permaneciese en la esfera en que había nacido. Como no le era permitido al pueblo poseer ni haciendas ni dinero, tenía que pagar sus contribuciones con su trabajo. Esta subordinación, esta absoluta anulación de la personalidad, fueron causa de que no se desarrollasen entre los peruanos los dos impulsos más poderosos del hombre: la ambición y el deseo de distinguirse de los demás, desapareciendo por completo toda iniciativa individual, y deslizándose la existencia de aquel pueblo en medio de una obediencia sumisa y tranquila en conformidad con las leyes establecidas, pasividad que aún en el día caracteriza á la población indígena del Perú, y que da la clave para comprender que un puñado de aventureros pudiese someter tan por completo y en tan poco tiempo á un reino constituido por millones de habitantes.

La familia era la base de la comunidad, la cual estaba obligada, cuando dos jóvenes tomaban estado, á construirles una casa y proveerla de todo lo necesario para la vida. La mujer trabajaba tanto como el hombre, y todos los cronistas alaban la incansable actividad y aplicación de las peruanas y su habilidad en todas las ocupaciones domésticas.

La orientación de los pueblos y ciudades estaba sometida á una regla invariable. Todas las poblaciones tenían en el centro una plaza, en la que se celebraban las fiestas y bailes públicos. De ella partían calles más ó menos rectas en todas direcciones. Del mismo modo estaba orientada la ciudad de Cuzco, observándose esta ley hasta el extremo de que las diferentes clases que constituían la población tenían sus barrios propios designados por el gobernador.

Tan varia como el clima del Perú era la arquitectura. En las llanuras secas construían casi exclusivamente las casas de adobes, las cuales, después de embadurnadas con barro de diversos colores, se cubrían con un techo á modo de terrado ó azotea. En la montaña y en las altas mesetas se hacían, por el contrario, las viviendas casi todas de piedra, y este material era también el que empleaban en las construcciones de palacios, templos y edificios públicos. Jérez menciona unos edificios singulares, cuyos muros estaban hechos de grandes vigas unidas entre sí con cuerdas de esparto. No sabían acoplar las vigas con clavos, pero en algunas construcciones parece que utilizaban abrazaderas de cobre.

Para las construcciones de piedra empleaban losas grandísimas. Acosta y León midieron algunas que tenían 12 metros de largo por 6 de ancho

y 2 de espesor. En la labra de estas losas ponían los picapedreros el mayor esmero, ajustándolas tan perfectamente unas á otras que era imposible introducir la hoja de un cuchillo por entre la juntura. Tan perfecto ajuste hacía inútil el empleo de la argamasa en los muros gruesos, medio de unión de que se hacía uso en los construídos con piedras más pequeñas.

Los templos y palacios formaban en el centro un gran patio, eran lar-



Abertura de puerta hallada en las ruinas del templo de Huanuco Viejo.

gos y estrechos y generalmente solo tenían un piso. Squier, que ha reconocido minuciosamente los restos de las construcciones incásicas de Cuzco, deduce que hubo edificios de varios pisos y de más de quince metros de altura, con ventanas para dar luz á los aposentos interiores. En los edificios de un solo piso parece que penetraba la luz por las anchas y altas aberturas de las puertas.

El interior de estos edificios formaba á veces un solo é inmenso aposento, y tanto en Cuzco como en otros lugares había salas que tenían hasta 200 pies de largo y 50 de ancho, y que servían para celebrar en ellas grandes fiestas, bailes nacionales, y otras reuniones.

Si el interior tenía varios aposentos, éstos, por regla general, estaban incomunicados unos con otros, pues cada uno tenía entrada propia por el exterior. El tejado, constituido por una sólida armazón, de una especie